

Don Quijote de la Mancha

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

Núm. 46

AÑO I

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

En la capital al mes..... 1 peseta
Fuera de la capital trimestre..... 3 pesetas

Anuncios y comunicados á precios convencionales

DIRECTOR-PROPIETARIO

D. EMILIO BERNABEU Y NOVALVOS

CIUDAD-REAL 6 DE DICIEMBRE DE 1902.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CALATRAVA, 19

SE PUBLICA

LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

PAN Y ESCUELAS

Victor Hugo, tomándolo de Jesús, ha dicho: «Enseñar vale más que castigar.» Y añade por cuenta propia: «Con el sueldo que se da á los verdugos en Francia, habría para sostener trescientos maestros de escuela.»

Ignoro si esta proporción podría ser aplicada á nuestro pueblo; de cualquier modo, la cifra detallada de los beneficios que produjera el método de que se declaran partidarios el Mártir sublime y el gran romántico, no la creo absolutamente precisa para que se pongan de su parte las inteligencias generosas y los corazones honrados.

Es positivamente cierto: enseñar vale más que castigar, aun considerada únicamente la cuestión desde el punto de vista de buen gusto.

Prescindiendo de la interminable serie de consideraciones á que se presta la figura del animal bipedo, que acoge impunemente á otra pobre bestia que la ley ha puesto en sus manos, y la del bruto, que agujerea la piel de un congénere, nadie se atreverá á negar lo profundamente antipático que resulta el cuadro que tiene por fondo las paredes de una cárcel en cuyo centro se levanta un armazón de madera, sobre el que se practica un crimen legal ante la pasiva curiosidad de unos cuantos hombres, ó el lienzo que tiene por asunto un brutal asesinato con todas las agravantes de la ley.

Ambas cosas están reñidas con la estética; en cualquiera de ellas hay algo de contrahecho; no sé qué de violento; lo que se desprende de todo lugar donde se efectúa una usurpación.

En efecto; en cualquiera de los casos se roba un derecho; ni el individuo ni el Código pueden, en justicia, tomar lo que no les pertenece; ya sé que esto es viejo, que se ha dicho muchas veces antes de ahora; pero aún no se ha oído bien, puesto que no se ha hecho caso alguno de ello á pesar de la indiscutible verdad que encierra, y habrá necesidad de repetirlo hasta que lo que hoy es considerado como un desahogo de la lírica constituya un precepto del decálogo de la humanidad.

No; ni en el ajusticiamiento, ni en el asesinato hay belleza, ni justicia, ni nada que pueda satisfacer al artista ó al pensador.

Es preciso tratar de la extirpación de ambas enfermedades; lo exige el sentimiento del bien, y lo imponen la razón y la justicia.

Y para curar todas estas dolencias sólo hay un recurso: alimentar los organismos ó iluminar los cerebros; dar pan á los estómagos ó ilustración á las inteligencias; declarar guerra á muerte á la anemia y á la ignorancia; enriquecer la sangre y facilitar el desarrollo de las ideas; hacer de la bestia una criatura inteligente, y demostrar que, después de sesenta siglos, la humanidad no necesita devorarse entre sí para saber lo que es alimento, como en los tiempos de Nemrod, y que, después de una lucha incesante de seis mil años, el

hombre tiene ganado sobradamente el derecho de conocer, sin tener que mirar arriba, en qué consiste el cumplimiento de su misión.

Vuelvo á decir que ignoro si la proporción establecida por el gran romántico es aplicable á nuestro pueblo; pero insisto en que para acabar con el verdugo y con el afán de crímenes que parece dominar á la raza, especialmente entre los miserables, solo falta tener á discreción dos cosas:

Pan y escuelas.

G. NÚÑEZ DE PRADO.

EL SOLAR

Mustia la parra está. Ya su follaje sobre el roto balcón sombra no vierte; en el viejo solar, todo pregonra la calma de la muerte.

Huyen medrosos pájaros el huerto rico de zarzas, huérfano de flores; no alegran ya la vida en su recinto aromas ni rumores.

¡Venerable mansión, ruina sagrada! podrán los años, con segur impía, tus glorias cercenar, mas siempre grande te suena el alma mía.

Y es consuelo al mortal que penas llora y por la cuesta del dolor avanza, cantar recuerdos si perderse escucha la voz de la esperanza.

Ora miro llegar cabe tus muros brava legión de nobles paladines, sus triunfos decantando al son guerrero de trompas y clarines.

«Amor y fe», tal reza la divisa que en batallas y paces los escuda; ¡cantabros son, y el alma nunca abrieron á vergonzosa duda!

Ya del hogar evoco las veladas donde juntos vasallos y señores gozosos celebraran el romance de tiernos trovadores.

Y en apartados continentes oigo maldecir de su trágica fortuna á gentes de la estirpe que en tu seno halló gloriosa cuna.

¡Oh mutación fatídica! Mañana, buscando en ellas pródigo venero, la paz solemne de tus viejas ruinas profanará el minero.

¡Y encenagados correrán entonces entre escorias de cumbres y vertientes, los arroyos que tintos se miraron en sangre de valientes!

No para tí focundo sol de Mayo cielos y tierra de esplendores visto; más digna luz te da pálida luna, oráculo del triste.

Cuando en temidas noches invernales hayas y pinos rompa el ventisquero, ¡á qué puerta, la tuya derrumbada, se llegará el palmero?

Yo también, como tú, risueñas horas alejarse miré, y en mi quebranto con nuevas glorias perturbar quisiera tu paz de camposanto.

Mas ¡ay! á mi clamor sólo respondo negra visión fugaz cruzando el huerto: ¡canta lo porvenir...! llora, poeta, la tradición ha muerto.

LUIS BARREDA.

Triste Fermata.

En suma; que eres curioso y tu curiosidad te obliga á preguntarme quién es el caballero ciego que me acompaña desde hace dos meses... Pues bien; si me das tu palabra de que cuanto te diga sobre este asunto no saldrá de tus labios, te contaré el caso, que historia es y no de las más alegres.

No te extrañe que antes de hablar tome la precaución de exigirte tu palabra, pues el asunto es tan serio que quizá dependa de él la tranquilidad de mi conciencia.

Vivía yo entonces en Madrid y recuerdo que cursaba la carrera de Leyes; entre los muchos compañeros que tenía, había uno, llamado Carlos Ramírez, muchacho huérfano y muy rico; desde el primer momento íntimamos de tal suerte que hasta nos fuimos á vivir juntos; él, á más de muy simpático, era un estuchito: pintaba, escribía, tocaba el piano como un maestro y la guitarra como el tocador más afamado.

Pasamos el curso en una continua juerga, en atención á lo cual nos reprobaban en los exámenes; yo, que aún estaba sujeto á la patria potestad, tuve que seguir estudiando; no así él, que declarado en aquellos meses mayor de edad, tomó el acuerdo de ahorcar la carrera, entregándose desde aquel punto á la orgía más desenfadada.

Por aquel entonces Carlos frecuentaba mucho un café cantante situado en la calle de Toledo; allí conoció una cantadora llamada entre los suyos «La Honra» por su manera de proceder, contraria en todo á lo que en su clase se acostumbra.

Era Carlos, como buen andaluz, muy impresionable, y excuso decirte que puso todo su afán y todo su empeño en conquistar á la bella Clotilde, pues éste era su nombre, la cual se propuso hacer de él lo que ninguna otra de su ralea hubiera ni pensado: quiso ser su mujer propia y disfrutar de la bonita renta que él heredó de sus padres.

No quiero sujetarte á las vicisitudes de unos amores de tal índole; solo te diré que una noche, meses más tarde, Clotilde saltó del tablado del café para convertirse horas después en la esposa de Carlos Ramírez.

Durante dos meses, los esposos permanecieron en Madrid llamando la general atención por sus lujosos trenes y escandaloso boato, superior, si cabe, al sostenido por las fortunas más sólidas.

Salieron de la corte y no volví á saber una sola palabra de ellos, cosa que te confieso sentí, pues llegué á profesar á Carlos un afecto fraternal.

Tomó la licenciatura, y me reñí con mi familia en su modesta provincia;... pasó el tiempo y los diferentes matices de la vida me hicieron olvidar un amigo para mí tan querido.

Quedé huérfano; entré en posesión de mi fortuna, dedicándome de lleno á satisfacer mi pasión favorita: viajar.

Reocurrí casi toda Europa y por fin hace un año me instalé definitivamente en esta, dispuesto á buscar una mujer que hiciera sentir las delicias del hogar.

Una tarde vagaba sin rumbo por la parte vieja de la población, cuando vi una mujer que, no obstante pertenecer por su tipo al elemento popular, me llenó el ojo, como se dice vulgarmente, y sin arderarme por la diferencia de posesión comencé el asedio; á las primeras de cambio comprendí que no podía ser mi mujer, pero que muy bien ocuparía junto á mí el puesto de amante; lisa y llanamente se lo propuse; al principio, aunque débilmente, rechazó mis proposiciones excusándose en que era casada, y que á más de no estar bien que una mujer abandone á su marido, en aquella ocasión era una infamia por ser éste ciego; mi deber de hombre honrado era desistir de tal empresa; más supuse que tal vez fuese una añagaza para hacerse pagar más cara y procuré persuadirla de que no había semejante infamia; ojos que no ven corazón que no siente, decía yo, y no sabía cuán errado andaba en mis opiniones.

Juana, su nombre de pila, según ella, cayó por fin en mis brazos; me instalé en un modesto hotelito de las afueras y en él viví cierto tiempo ajeno al mundo, sin ocuparme de otra cosa que de ella, ni envidioso ni envidiado; de vez en cuando venía a la ciudad á hacer algunas compras, en las cuales sólo empleaba algunas horas, volviendo siempre el mismo día á mi venturoso retiro.

En una de estas breves asistencias al mundo, estaba una mañana comiendo en la terraza de un hotel del muelle, cuando llegaron á mis oídos los acordes de una guitarra cuyas cuerdas, hechas vibrar por experta mano, vertían tristísimas notas semejantes á lastimeras quejas; en mi mente resonaba aquella melodiosa fermata como una cosa conocida, como un recuerdo del pasado; durante un instante estuve rebuscando entre las márgenes de mi cerebro el sitio donde anteriormente había escuchado aquella armoniosa música; de repente, una voz que con quejumbroso acento me pedía una limosna, hizo palpar mi corazón con rapidez inusitada; ante mí tenía un pobre ciego que llevaba una guitarra colgada del cuello... ¡Dios mío!... Aquel hombre era un antiguo amigo: la escena que allí se desarrolló fué emocionante, desgarradora; aquel misero ciego era mi inolvidable hermano del alma, Carlos Ramírez... Le cogí del brazo y le conduje á un coche indicando al cochero que nos llevase á casa.

¡Pobre amigo! Durante el camino me refirió las penalidades por él sufridas desde que nos separamos... No pude contener una exclamación de terror al